

EL ESPÍRITU SANTO Y SUS FRUTOS

SANTIAGO SIERRA RUBIO, OSA

I. ¿QUIÉN ES EL ESPÍRITU?

El Espíritu es energía creativa, aliento, aire, viento y tempestad. Es la respiración, es el que crea el espacio donde la vida pueda desarrollarse. Para que cada cosa tenga su espacio vital, es necesario que todo se llene de Dios y esto es obra del Espíritu. El Espíritu de Dios es el proceso inagotable que proporciona aliento y orden, energía y amor vivificante. Es el poder divino que sostiene la creación, que la impulsa hacia adelante. Da vida, anima y gobierna todo lo que existe. Con su fuerza se renueva la faz de la tierra. Es la fuerza de Dios, es el regalo de Dios para que podamos vivir liberados y aprendamos a ser hijos. Él nos capacita para vivir como hijos de Dios y hermanos entre nosotros.

¿Qué puede saber el hombre de Él? ¿Cuál es su función específica en la obra de la salvación? El Espíritu Santo puede parecer que es el Dios desconocido, o mejor, desatendido y, sin embargo, Él es el protector, el guía seguro que tienen los seguidores de Jesús, la ayuda firme en su caminar y, sobre todo, el auténtico compañero de camino, el Dios que se acomoda al paso del hombre. ¿Cómo dejar actuar al Espíritu Santo? ¿Cómo hacerle presente para que siga siendo guía y renovador de su Iglesia? San Agustín puede ayudarnos a despejar este puñado de preguntas.

El Espíritu Santo es el dedo de Dios por el que se ha escrito la ley y se da al hombre como presencia actuante de la misma divinidad. Él escribe la ley y la hace cercana al corazón humano. Acercándose con sencillez a la Escritura, recuerda Agustín, se descubre que el Espíritu Santo es nombrado con este original nombre de "dedo de Dios": "Lo que el uno llama espíritu de Dios, lo llama el otro dedo de Dios. Luego el Espíritu de Dios es el dedo de Dios. Por eso se dio la ley escrita por el dedo de Dios; se dio en el monte Sinaí cincuenta días después de la matanza del cordero. Celebrada la Pascua por el pueblo de los judíos, se cumplen cincuenta días después de la inmolación de la oveja, y se da la ley, escrita por el dedo de Dios. Se cumplen cincuenta días después de la muerte de Cristo y viene el Espíritu Santo, esto es, el dedo de Dios" (*Sermón 8,18*). Dios ha grabado su ley en el interior del hombre para que el hombre la pueda amar como hijo; pero la ha grabado con su dedo, que es el Espíritu Santo, es decir, el Espíritu a la vez que graba la ley, da el amor para que se viva desde esta clave y se puedan afrontar adecuadamente los mandamientos de Dios. Así ya no somos siervos bajo una ley que nos oprime, sino personas libres que, por el amor, viven en libertad: "Tú que eres más interior que mis cosas más íntimas; tú dentro, en mi corazón, grabaste con tu espíritu, como con tu dedo, la ley, para que no la temiese como siervo, sin amor, sino que la amase como hijo, con el casto temor, y temiera con el casto amor" (*Comentarios a los Salmos 118,22,6*).

Agustín habla con frecuencia de la observancia servil de la ley y la observancia liberal. La primera nace del temor porque considera la ley como algo impuesto, que coarta la libertad, mientras que la segunda nace del amor y recompensa con alegría y libertad: "Los preceptos que se cumplen no por amor

de la justicia, sino por temor del castigo, se cumplen servilmente; no se cumplen con pura libertad y, por consiguiente, no se cumplen. Porque no es bueno el fruto que no brota de la raíz de la caridad" (*El espíritu y la letra* 14,26). Los cristianos no deben seguir bajo el temor de la ley puesto que han sido llamados a la libertad y han de vivir bajo la gracia: "No vivamos ya bajo la ley, que prescribe el bien y no lo da: vivamos bajo la gracia que eso mismo que la ley prescribe nos lo hace amar, y así puede sobre corazones libres imperar" (*La continencia* 3,8). Este espíritu de libertad, que genera el amor, es el que hace que se considere uno hijo y obre conforme a su filiación: "No basta la ley. La ley infundió el temor. Ved lo que añade el Apóstol: Quienes son movidos por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios. Dado que el ser movidos por el Espíritu de Dios y por la caridad se identifican, pues la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado, prosiguió diciendo: No habéis recibido el espíritu de servidumbre para recaer de nuevo en el temor... El espíritu es, pues, el mismo, pero con la diferencia que existe entre las tablas de piedra, a las que va asociado el temor, y las tablas del corazón asociadas al amor. Quienes estuvisteis presentes anteayer escuchasteis cómo el ruido, el fuego y el humo aterrorizaban al pueblo que se mantenía en pie a distancia y cómo, por el contrario, vino el Espíritu Santo, el mismo dedo de Dios, cincuenta días después de la sombra de la Pascua, y se posó en lenguas como de fuego sobre cada uno de los presentes. Pero esta vez no infundía temor, sino amor, para que fuéramos no siervos, sino hijos. Quien obra bien por temor al castigo, aún no ama a Dios, aún no se cuenta entre los hijos" (*Sermón* 156,14). Se puede afirmar que para Agustín, en primer lugar, el Espíritu Santo es el *dedo de Dios* que ha escrito para los hijos las Sagradas Escrituras y ha depositado en el corazón de los hombres la caridad, el amor de Dios (cf. *Carta* 55,29).

La función del *dedo de Dios*, además de escribir las Escrituras y dárselas a conocer al hombre, es ser el dedo con el que Dios mismo escribe la propia santidad dentro de su interior: "Este es el Espíritu de Dios, por cuya gracia somos justificados y cuya virtud hace que nos deleite la abstención del pecado, en lo cual consiste la perfecta libertad; del mismo modo que sin este espíritu deleita el pecado, que engendra esclavitud, y de cuyas obras debe abstenerse el hombre. Y este Espíritu Santo, por quien la caridad, que es la plenitud de la ley, es derramada en nuestros corazones, es llamado también en el Evangelio el dedo de Dios... Hasta que el dedo de Dios, esto es, el Espíritu Santo, llenó a los fieles, que se encontraban unánimemente reunidos en el cenáculo... Allí el dedo de Dios escribió sobre tablas de piedra, aquí en los corazones de los hombres" (*El espíritu y la letra* 16,28 y 17,29).

Al Espíritu, en la historia de la humanidad religiosa, se le compara con un viento impetuoso o con un suave susurro, que sopla donde quiere y nadie sabe ni de dónde viene ni a dónde va, o con una luz fulgurante. También hoy el Espíritu Santo sigue soplando, continua iluminando; por eso será necesario estar atentos para escuchar su susurro o para ver, más allá de la luz, su presencia, descubrirlo actuante en medio de los hombres. Sin duda, Él quiere ser guía, quiere ser

espirituales, y el máximo deber del hombre es dejarse inspirar por Él, estar preparado para recibir su influjo y su acción. Agustín lo compara con el agua, que sólo se detiene en los lugares cóncavos, de la misma manera el Espíritu sólo se detiene en los humildes y sencillos y se aleja de todo el que se cree algo en su autosuficiencia: "Puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se aleja por la soberbia. Es agua que busca un corazón humilde, como un lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia, como la altura de una colina, rechazada, va en cascada" (*Sermón 270,6*). ¿Y qué es la humildad en este contexto, sino que el hombre reconozca que es criatura, es decir, dependiente en todo de Dios y, por tanto, reconocer la propia naturaleza?

Está claro que Dios es la vida del hombre, pero es necesario, y esto es una exigencia del Espíritu, dejar crecer dentro la vida del hombre nuevo, imagen verdadera de Dios y, como consecuencia, empeñarse en dar muerte al hombre viejo, acostumbrado a sus vicios. Agustín invita a obrar bien para poder acoger al Espíritu que es la verdadera vida: "Si temes la muerte, ama la vida. Tu vida es Dios, tu vida es Cristo, tu vida es el Espíritu Santo. Obrando mal no le agradas. No habita en un templo que amenaza ruina, ni entra en un templo sucio" (*Sermón 161,7*). Dar vida al hombre nuevo sólo es posible si el resucitado vive dentro, si regala su gracia y anima la propia existencia con su muerte y resurrección. Es decir, teniendo al resucitado que es fruto del paso de la muerte a la vida, posee el ser humano el Espíritu Santo, porque Él lo otorga cuando quiere y derrama la caridad en el corazón, por la que uno se convierte en hombre nuevo, que canta el cántico nuevo y vive la vida nueva del Reino.

El Espíritu Santo es el amor absoluto de Dios, de aquí que "el Espíritu de Dios es el Espíritu de caridad" (*Sermón 283,3*), o mejor dicho, "el Espíritu Santo es el autor de la caridad" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 87,1*), por eso, se le puede llamar "amor sumo" (*La Trinidad 7,3,6*). Dios ha enviado el Espíritu Santo y con Él da la posibilidad, da la capacidad para recibir su amor y con él poder amar a Dios; esta es una de las principales obras que realiza el Espíritu Santo en el alma de los fieles: "Y ¿qué bien nos trajo el Espíritu Santo? Óyeselo al Apóstol: El amor de Dios, dice, se ha derramado en nuestros corazones. ¿De dónde, ¡oh mendigo!, te vino ese amor de Dios derramado en tu corazón? ¿Cómo ha podido este amor divino ser derramado en el corazón del hombre? Tenemos, dijo el Apóstol, este tesoro en vasos de barro. ¿A qué fin en vasos de barro? Para que resalte la fuerza de Dios... Luego para que tú ames a Dios es necesario que more Dios en ti, que su amor te venga de Él; o sea, que recibas su moción, ponga en ti su fuego, te ilumine y levante a su amor" (*Sermón 128,4*). Por tanto, sólo podemos amar a Dios desde Dios, es decir, amar a Dios mediante el Espíritu Santo, que es el que nos da el amor para poder amar.

La presencia del Espíritu nos permite ir descubriendo el misterio de Dios, posibilita en nosotros la comprensión de la revelación del Padre realizada por Jesucristo, nos da la capacidad de comprender la misma Palabra de Dios: "Ningún texto oscuro ofrece dificultad si ayuda el Espíritu" (*Sermón 152,1*). La acción que el Espíritu desarrolla en la historia de la salvación y en la vida de la Iglesia, es

una acción continuadora de la obra de la revelación y de la misma misión salvadora de Jesús. De hecho, el Espíritu Santo es el Espíritu de Jesús; Espíritu que ha mandado al mundo desde el Padre, después de su resurrección.

Como el Hijo ha sido enviado por el Padre, así el Espíritu Santo ha sido también enviado como un don gratuito que procede del Padre eterno y del Hijo muerto y resucitado. Agustín llama al Espíritu *don de Dios* (cf. *Sermón* 128,4). La gracia por definición es gratuita, pero no siempre el hombre comprende que todo viene de Dios por su bondad y sin pedir nada a cambio, pues bien, es el Espíritu Santo el que hace comprender esta verdad: "Porque, si comprendemos que nosotros no hubiéramos conseguido bien alguno a no ser que nos lo hubiera donado y concedido Aquel de quien son todos los bienes, del mismo modo vemos que no pueden tener nada aquellos a quien Dios no se lo dio. Este discernimiento nuestro procede del Espíritu de Dios, y, como vemos con él estas cosas, decimos que Dios ve, porque hace que nosotros veamos" (*Comentarios a los Salmos* 52,5). Perfeccionar la inteligencia de los que pertenecen a Cristo es una de las tareas más importantes del Espíritu.

Es en este don de Dios, que es el Espíritu Santo, donde es posible descansar para siempre: "Se nos promete el descanso eterno en el Espíritu Santo, esto es, en el don de Dios" (*Sermón* 9,6), pero como sólo se descansa en lo que se ama, el Espíritu sería el amor de Dios: "El don de Dios, que es el Espíritu Santo, promete el descanso eterno... A Dios le tenemos que amar con desinterés; ni el alma puede descansar sino en aquello que ama. No se le dará el descanso eterno sino en el amor de Dios, que es el único eterno" (*Sermón* 33,3). Lo que Agustín quiere decir es que el Espíritu Santo no sólo es el que da el amor para que el hombre pueda amar, sino que Él mismo no es otra cosa que el Amor de Dios: "Por lo cual, también el Espíritu Santo subsiste en esta unidad e igualdad de sustancia. Ora se le llame unión, santidad o amor de ambos; ora unidad, porque es amor, o amor, porque es santidad... El Espíritu Santo es algo común al Padre y al Hijo, sea ello lo que sea. Mas esta comunión es consustancial y eterna. Si alguien prefiere denominarla amistad, perfectamente; pero juzgo más apropiado el nombre de caridad" (*La Trinidad* 6,5,7). Hablando a los obispos reunidos en Hipona, siendo Agustín aún sacerdote, les recuerda cómo algunos en la Iglesia han llamado al Espíritu Santo comunión, es decir, la deidad del Padre y del Hijo y por eso conciben al Espíritu como caridad mutua (cf. *La fe y el Símbolo de los apóstoles* 9,19).

El paso del concepto de don al de caridad es bastante sencillo, ya que el don mayor es el amor: "Luego el Espíritu Santo hace que permanezcamos en Dios y Dios en nosotros, y esta obra es del amor. Por consiguiente, Él es el Dios-Amor... Por consiguiente, el Dios-Amor es el Espíritu Santo. Cuando este Espíritu, Dios de Dios, se da al hombre, le inflama en amor de Dios y del prójimo, pues Él es amor. No puede el hombre amar a Dios si no es por Dios" (*La Trinidad* 15,17,31). El Espíritu Santo, porque es la Comunión, constituye la comunión de los fieles en la Iglesia; su acción vivifica todo el cuerpo de Cristo: "Luego el Espíritu Santo es como una inefable comunicación del Padre y del Hijo; y es muy verosímil se llame así por convenir dicha denominación al Padre y al Hijo. Es, en aquel, nombre propio; en estos, común; pues el Padre

es espíritu y espíritu el Hijo, y santo es el Padre y santo es el Hijo. Y para expresar en el nombre esta conveniencia y mutua comunicación se llama al Don de ambos Espíritu Santo" (*La Trinidad* 5,11,12). Es el Espíritu Santo el que habita en el hombre y ha hecho de todos y de cada uno su templo: "La santificación, por la que individualmente somos constituidos templos de Dios, y todos juntos formamos un templo de Dios, no se realiza sino en los que han renacido, y éstos tienen que haber nacido. Y nadie acabará bien la vida en que nació si no renace antes de acabarla" (*Carta*187, 32).

El Espíritu Santo une a los fieles entre ellos y con la misma Trinidad: "Así, lo que es común al Padre y al Hijo, quisieron que estableciera la comunión entre nosotros y con ellos; por ese 'don' nos recogen en uno, pues ambos tienen ese uno, esto es, el Espíritu Santo, Dios y don de Dios. Mediante él nos reconciliamos con la divinidad y gozamos de ella. ¿De qué nos serviría conocer algún bien si no lo amásemos? Así como entendemos mediante la verdad, amamos mediante la caridad, para conocer más perfectamente y gozar felices de lo conocido. Y la caridad se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha donado" (*Sermón* 71,18).

En realidad es el amor, que es obra del Espíritu, el que nos introduce en la verdad, en los secretos de Dios: "Por el mismo hecho de que nos reconciliamos con Dios por medio del Espíritu Santo (por lo que también es llamado don de Dios), piensan que es bastante claro que el Espíritu Santo es el amor de Dios, pues no nos reconciliamos con Dios sino por el amor, por el que también somos llamados hijos, de modo que ya no estamos bajo el temor como los esclavos, porque el amor consumado aleja el temor, y recibimos el espíritu de libertad por el cual clamamos ¡Abba! ¡Padre! Y como, una vez reconciliados y llamados a la amistad por el amor, podremos conocer todos los secretos de Dios, por esto se dice del Espíritu Santo: El os conducirá a toda la verdad... Por eso también se llama don de Dios, porque nadie goza de aquello que conoce a no ser que también lo ame. Pero gozar de la sabiduría de Dios no es otra cosa que estar unido a Él por el amor, y nadie permanece en aquello que percibe sino por el amor" (*La fe y el Símbolo de los Apóstoles* 9, 19).

El Espíritu Santo nos conduce y nos orienta para que podamos construir la obra de Dios. Realizando lo que Dios quiere, podemos dialogar con el mundo actual y entender mejor la problemática que nuestro mundo padece; de esta manera podremos introducirnos en el plan de Dios sobre la humanidad. Pero es imprescindible que nos dejemos iluminar por el Espíritu para poder ver las cosas tal como las ve Dios, de lo contrario los problemas, las dificultades..., pueden ahogarnos. El diálogo con el mundo, desde el Espíritu Santo, es el que produce el Reino de Dios, pero el Espíritu siempre necesita para realizar su obra corazones dóciles como el de María, que estén disponibles a su acción y estén vacíos de sí mismos.

El Espíritu es llamado el otro consolador, el Paráclito; esto significa que es el abogado que intercede ante el Padre en favor de los discípulos de su Hijo. Sin el

Espíritu difícilmente el hombre va a poder realizar su gran empresa: amar a Dios y, a la vez, el amar es la prueba que garantiza que se posee el Espíritu Santo: "Si no tenemos al Espíritu Santo, no podemos amar a Dios ni guardar sus mandamientos... El que ama tiene consigo el Espíritu Santo" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 74,1-2). El Espíritu Santo tiene también la misión de ser el consolador de los creyentes y el que los estimula a que perseveren en la fe y vivan sólo para Dios: "Pensad que en Pentecostés ha de venir el Espíritu Santo... Él nos inspirará la caridad, que nos hace arder para Dios y despreciar el mundo" (*Sermón* 227). Todo cristiano tiene que hacer la experiencia de Pentecostés, es decir, la experiencia del paso del miedo de la muerte a la valentía y firmeza de la resurrección por el Espíritu

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Tomo conciencia de que el Espíritu vive en mí y le doy gracias por su don?
- ¿Quién es el Espíritu para mí?
- ¿Estoy atento a la actividad del Espíritu en el mundo, en su Iglesia, en mi interior?
- ¿Me esfuerzo por poner las condiciones para que Él esté siempre actuando?

II. EL ESPÍRITU, CONTINUADOR DE LA OBRA DE CRISTO

El Espíritu es continuador de la obra salvadora de Cristo, pero es, sobre todo, Espíritu de la verdad que responde a las funciones de enseñar y hacernos recordar lo que Jesús dijo y nos inicia en la verdad plena. Por otra parte, el Espíritu Santo asegura la presencia indefectible de Cristo en su Iglesia, porque es el continuador de la obra de Cristo.

Hablando en términos temporales, podemos decir que el Espíritu sustituye a Jesús junto a sus fieles en el tiempo que va entre la partida de Jesús y su regreso. Su misión es guiar, animar y hacer comprender el misterio de Cristo y convertir a los fieles en testigos del Evangelio. Según Agustín, el Espíritu Santo, además de continuar la obra de Cristo, tiene como función abrir las puertas que introducen en el mismo Cristo, es decir, incorporar al hombre en la realidad misma de Cristo, que es la Verdad de Dios: "El propio Señor dice acerca del Espíritu Santo a sus discípulos: Él os enseñará toda la verdad. ¿Quién es la puerta? Cristo. ¿Qué es Cristo? La Verdad. ¿Quién abre la puerta sino el que enseña toda la verdad?" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 46,4). Los apóstoles necesitaban un consolador o, mejor, un *espiritualizador*, porque estaban demasiado pendientes de la vida temporal del Señor. Esto es lo que Agustín dice poniendo en boca de Jesús estas palabras: "Os conviene que esta forma de siervo se separe de vosotros: como Verbo, hecho carne, vivo entre vosotros, pero no quiero que continuéis amándome con amor carnal, y, contentándoos con esta leche, queráis ser siempre como niños... Si no os quitare los tiernos manjares con que os he alimentado, no apeteceréis los manjares sólidos; si carnalmente estáis apegados a la carne, nunca seréis capaces del espíritu" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 94,4).

El Espíritu vive dentro de nosotros. Todos y cada uno somos su templo: "El Espíritu de Dios habita en el alma y, a través del alma, en el cuerpo, para que también nuestros cuerpos sean templos del Espíritu Santo, don que nos otorga Dios" (*Sermón 161,6*). La condición para tener el Espíritu de Cristo es ser fieles, es decir, ser hombres de fe y amar la justicia: "He aquí que en virtud de la misericordia poseemos el Espíritu de Cristo. Sabemos que habita en nosotros si amamos la justicia y mantenemos la integridad de la fe católica" (*Sermón 155,14*).

Es necesario tomar conciencia de que somos templos del Espíritu y, al mismo tiempo, cultivar esta presencia, permitir que Él nos posea, dejarle hacer su obra en nosotros porque somos posesión suya: "Cuando el Espíritu de Dios comience a habitar en tu cuerpo, no expulsará de él a tu propio espíritu; no tengas miedo... Al venir, habita en ti y éste es su don. Hazte suyo, que no te abandone ni se aleje de ti; sujétale de todas todas y dile: Señor, Dios nuestro, poséenos" (*Sermón 169,15*). Para Agustín, sin duda alguna, el Espíritu es Dios y merece ser tratado como tal. Lógicamente, si el Espíritu habita en nosotros, es necesario que le prestemos atención y que le rindamos el homenaje que se merece como Dios que es: "Si, pues, los miembros de Cristo son templo del Espíritu Santo, no es criatura el Espíritu Santo; porque desde el momento en que nuestros cuerpos se transforman en morada del Espíritu Santo es menester que le rindamos el homenaje debido a Dios" (*La Trinidad 1,6,13*).

Esta presencia del Espíritu solamente se puede comprender desde y en el amor. Él, habitando en nosotros, nos hace participar de su plenitud y nos inunda con sus riquezas abundantes. Pero no es un huésped invasor porque respeta la libertad humana: "El Espíritu Santo ha comenzado a habitar en vosotros. ¡Que no tenga que marchar! No lo excluyáis de vuestros corazones. Es buen huésped: si os encuentra vacío, os llena; si hambrientos, os alimenta; finalmente, si os halla sedientos, os embriaga..." (*Sermón 225,4*).

El Espíritu visita las mentes y su visita es iluminante de los caminos de los hombres. El Espíritu Santo es llamado por Agustín "Doctor interior, por cuya gracia sois lo que sois" (*Carta 184 bis, 1*). Él ilumina toda vocación y descubre los designios eternos de Dios sobre cada uno. Ha puesto en nuestros corazones la inquietud de la llamada y la generosidad de la respuesta y, sin duda, producirá en los tiempos oportunos sus frutos. Es el gran consolador, suscita en nosotros la palabra adecuada para el momento que tenemos que pronunciarla. La gran misión del Espíritu es revelar al mundo la gloria de Cristo Jesús y lo que más desea es que, a través de los fieles, el mundo conozca que Jesús es el enviado del Padre.

Con relación a los discípulos la función que tiene el Espíritu es la de ser Maestro. Jesús, nos confiesa, tiene mucho que decirnos todavía, pero dado que, en este momento, no tenemos la suficiente madurez, deja que el Espíritu continúe su obra. Será el Espíritu el encargado de guiar a los discípulos y de darles inteligencia para comprender cada una de las palabras y acciones de Jesús. Pero el Espíritu no violenta nunca, sino que se acomoda a nuestra capacidad de entender: "El Espíritu Santo enseña ahora a los fieles todas las cosas espirituales de que cada uno es capaz; pero también enciende en sus pechos un deseo más vivo

de crecer en aquella caridad que les hace amar lo conocido y desear lo que no conocen" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 97,1).

El amor es el don de los dones del Espíritu Santo: "Los dones del Espíritu Santo son la caridad, y luego, como emanados de esta fuente y en íntima conexión con ella, enumera los otros, que son, el gozo, la paz, la firmeza del alma, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la castidad. Y, en verdad, ¿quién puede tener gozo si no ama el bien del cual se goza? ¿Quién puede tener verdadera paz si no la tiene con aquel a quien ama de verdad? ¿Quién puede tener firmeza de ánimo para permanecer en el bien si no es por el amor? ¿Quién es benigno si no ama al que socorre? ¿Quién se hace bueno si no es por el amor? ¿De qué provecho puede ser la fe que no obra por la caridad? ¿Qué utilidad puede haber en la mansedumbre si no es gobernada por el amor? ¿Quién huye de lo que puede mancharle si no ama lo que le hace casto? Con razón, pues, el buen Maestro recomienda la caridad, como si sólo ella mereciese ser recomendada, y sin la cual no pueden ser útiles los otros bienes ni puede estar separada de los otros bienes que hacen bueno al hombre" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 87,1).

Por otra parte, y este es otro don que regala la presencia del Espíritu, nos da la paz. El Espíritu nos proporciona esa serenidad que nos ayuda a vivir en toda circunstancia desde una paz interior profunda. Su presencia siempre es una presencia activa que restaura al ser humano desde sus raíces más profundas. Junto con el Padre y el Hijo, el Espíritu es nuestro descanso y nuestra felicidad plena: "Este Espíritu Santo se dice Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir. Nuestro gozo será plenitud al deleitarnos en el Dios Trinidad, a cuya imagen hemos sido creados" (*La Trinidad* 1,8,18). Como don de Dios, es el que proporciona la gracia y la paz, que son la manifestación primaria del don: "El mismo don de Dios es el Espíritu Santo; pues la gracia y la paz, ¿qué otra cosa son sino el don de Dios? Luego de ningún modo puede darse a los hombres la gracia, por la que nos libramos del pecado, y la paz, con la que nos reconciliamos con Dios, a no ser que se dé en el Espíritu Santo" (*Exposición incoada de la Carta a los Romanos* 11). Entre las muchas funciones que realiza en el hombre una de las más importantes es la de sostener a los fieles para que crean en Jesús, ayudarles a que deseen llegar a Él y después purificar los ojos para que puedan ver en el Hijo encarnado, su forma divina (cf. *Sermón* 143,3).

Otra de las funciones, no menos importante que la anterior, es ayudar al hombre a ser más y mejor, invitándole a entrar en sí mismo y haciéndole pasar de lo creado a lo increado: "Va, pues, el hombre a menos cuando se derrama hacia lo exterior y arroja sus intimidades en su vida... Por eso, el Espíritu Santo traslada la semejanza de lo visible a lo invisible, de lo corporal a los sacramentos espirituales" (*Carta* 55,9). El Espíritu Santo, por otra parte, anima al hombre para que se esfuerce en el camino y aspire siempre a la plenitud, pero sabiendo que esto es una conquista que hay que desear (cf. *Carta* 92,1). Para llegar a la plenitud, para ser justos y buenos, no basta con el esfuerzo, es necesaria la ayuda del Espíritu: "Orad, pues, por mí, para que sea justo. Es cierto que

eso no lo logrará el hombre si no conoce y quiere, y lo logrará si quiere plenamente. Pero no querrá plenamente si el Espíritu no le sana con la gracia y le ayuda para que pueda" (*Carta* 145,8). Es más, el Espíritu nos prepara para la conversión y alegra el corazón de los hombres (*Comentarios a los Salmos* 18,2,8-9).

III. EL ESPÍRITU SANTO, ALMA DE LA IGLESIA

La experiencia de Pentecostés fue de trascendental importancia en la implantación de la Iglesia y en la vida de los primeros cristianos, y sigue siendo vital para todo el que quiera ser fiel al Señor Resucitado y vivir su mismo espíritu. En los Hechos de los Apóstoles se nos presenta el Espíritu como el constructor de la primitiva comunidad, el alma de la Iglesia (cf. *Hechos* 1,4-8). Los Hechos de los Apóstoles dan especial relieve a la escena de la venida del Espíritu del día de Pentecostés. El Espíritu se da a cada uno de los miembros de la comunidad para construir con ellos un nuevo Pueblo de Dios. Todo lo que es y todo lo que tiene la Iglesia se lo debe al Espíritu Santo, es el que fecunda y da alma al ser y al hacer eclesial.

El Espíritu asegura la permanencia de la Iglesia, que es la depositaria de la verdad de Dios y la sostiene para que no sucumba en medio de las adversidades que le toca vivir. Está en el origen mismo de la Iglesia, es su inspirador, su guía, su luz y su alma. El Espíritu Santo que se nos ha dado, es nuestro amor y nuestra santidad dentro de la Iglesia, pero a condición de que estemos en el cuerpo de Cristo. Esto lleva consigo un compromiso de unidad, un estar unidos vitalmente a este cuerpo y vivir de Él y para Él, pero dado "que el Cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 26,14), sólo el Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo puede dar vida a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Agustín pone el ejemplo del cuerpo humano y recuerda cómo en el cuerpo humano si hay que cortar un miembro, ese miembro después de cortarlo, ya no tiene vida. Para recibir la vida del Espíritu es necesario estar en la caridad, en la verdad, en la unidad: "El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo. Mas ved de qué debéis guardaros, qué tenéis que cumplir y qué habéis de temer... Por tanto, si queréis recibir la vida del Espíritu Santo, conservad la caridad, amad la verdad y desead la unidad para llegar a la eternidad" (*Sermón* 267,4).

El alma y la vida de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, no es otro que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no puede pertenecer a la Iglesia porque la Iglesia es la continuación de Cristo en la tierra, es su Cuerpo. Según Agustín se puede hacer una comparación entre lo que es el Espíritu Santo para la Iglesia y lo que es el alma para el cuerpo humano. El Espíritu unifica a todos los miembros del Cuerpo y, a la vez, es la misma vida del cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Sin Él no es posible ser miembros vivos. Si alguien no tiene la fuerza del Espíritu, aunque se crea dentro de la Iglesia porque cumpla externamente con los ritos, no pertenece a la Iglesia. Es fundamental poseer el Espíritu para disfrutar de la vida del cuerpo: "Por tanto, quien tiene el Espíritu

Santo está dentro de la Iglesia que habla las lenguas de todos. Quienquiera que se halle fuera de ella, carece del Espíritu Santo... Considerad nuestros miembros. El cuerpo consta de muchos miembros, y una sola alma da vigor a todos ellos. Ved que, gracias al alma humana por la que yo soy hombre, mantengo unidos todos los miembros... Se reconoce el miembro de que se trata: es un dedo, una mano, un brazo, una oreja; fuera del cuerpo tienen solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia... Si el espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías externamente del rito" (*Sermón 268,2*). Y es que, como dice Agustín: "Vale más ser dedo y estar en el cuerpo, que ojo y estar separado de él" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 13,17*).

La Iglesia, nacida por el amor del Padre hacia el Hijo en el Espíritu Santo, es una comunidad de amor. Por la fuerza creadora del Espíritu Santo nace la Iglesia y resultan fecundas las comunidades de los creyentes. Pero la Iglesia es ante todo común-unidad y, por tanto, se puede conocer que se posee el Espíritu Santo si se permanece en la unidad: "Poseemos, sin duda, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia. Se la ama si se permanece en su unidad y caridad" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 32,8*). Para Agustín es evidente que el Espíritu Santo es pieza clave para vivir en la unidad de la Iglesia, y, a la vez, conoceremos que tenemos el Espíritu Santo, si vivimos para la unidad; si somos enemigos de la unidad, por lo mismo, somos enemigos del Espíritu Santo: "Por el Espíritu Santo somos recogidos en la unidad y no nos separamos de la unidad... Y quien no vive en la unidad de Cristo y ladra contra la unidad de Cristo, hemos de entender que no tiene el Espíritu Santo... Recordad que los que se oponen a la unidad no tienen el Espíritu Santo" (*Sermón 8,17-18*).

Es constante en Agustín la doctrina que para poseer el Espíritu Santo es necesario amar a la Iglesia y permanecer en su unidad, porque el que no está dentro de la Iglesia, no puede contar con la presencia del Espíritu; es más, si se separa de la Iglesia, que es el lugar de recepción del Espíritu, tiene que renunciar a dicho Espíritu: "También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y nos gozamos del nombre y fe católicos. Creémoslo así, hermanos; en el mismo grado que ama alguien a la Iglesia, en ese mismo grado posee el Espíritu Santo" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 32,7-8*). Por tanto, pertenecer a la Iglesia, ser miembros vivos del cuerpo de Cristo y poseer el Espíritu Santo, son realidades que se implican mutuamente.

El cristiano tiene la obligación de permanecer en el cuerpo de Cristo, es decir, de estar unido a la cabeza en la Iglesia y así será vivificado por el Espíritu; de lo que se trata es de poder morar en Él y Él en nosotros. Esto lo podemos realizar si estamos unidos al cuerpo por medio de la caridad; así el Espíritu nos vivifica, nos da vida. Separarse del cuerpo es no tener vida y, como consecuencia, es renunciar a ser miembro vivo y actuante (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan 27,6*). El Espíritu Santo renueva la Iglesia comunicándole el amor, pero esto no lo hace de una vez para siempre, sino progresivamente y orientándola hacia la contemplación. Pero esto exige e implica un ejercicio de purificación para llegar a la contemplación; es decir, necesitamos quitar los obstáculos que frenan la expansión de la caridad:

"La mente racional, una vez purificada, debe aplicarse a la contemplación de lo eterno; pero la que aún necesita del baño de la purificación ha de fijar su vista en lo temporal mediante la fe" (*La Trinidad* 4,18,24). Evidentemente, para conocer a Dios es necesario superar las cosas corpóreas y ser puros de corazón, pero el conocimiento más alto de Dios se consigue por el amor: "En esta cuestión que versa sobre la Trinidad y el conocimiento de Dios, nos interesa principalmente saber qué es el amor verdadero, o mejor, qué es el amor... Consiste el amor verdadero en vivir justamente adheridos a la verdad y en despreciar todo lo perecedero por amor a los hombres, a quienes deseamos vivan en justicia" (*La Trinidad* 8,7,10).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Soy consciente de que es el Espíritu el creador de toda auténtica espiritualidad y cultivo su presencia y su acción en mí?
- Con la presencia del Espíritu se comienza a conocer, sentir y meditar lo divino. ¿Hago lo posible por garantizar su presencia y dejarle el timón de mi vida?
- ¿Soy dócil a las inspiraciones del Espíritu?
- ¿Me mantengo unido a la Iglesia para ser vivificado por el Espíritu?

IV. EL ESPÍRITU ORA EN NOSOTROS Y NOS ENSEÑA A ORAR

El Espíritu es quien nos enseña a orar, o mejor, quien ora en nosotros: "Es decir, que inspira a los santos el acento y los deseos de la oración. Es el mismo Espíritu que Dios envió a nuestros corazones el que clama: ¡Abba, Padre!, y en el cual clamamos nosotros: ¡Abba, Padre!. Con ambas expresiones... el Apóstol quiso hacernos comprender en qué sentido clama el Espíritu en nosotros, es decir, que es Él el que nos hace clamar" (*Naturaleza y origen del alma* 4,9,13). De lo que se trata es de que el Espíritu clama por nosotros y en nosotros, porque somos nosotros los que necesitamos, los que somos pobres e indigentes: "Certísimo indicio de indigencia sería interpelar con gemidos, y no hemos de creer que el Espíritu Santo sea indigente de ninguna cosa. Dice que interpela porque nos hace interpelar, porque nos inspira el afecto de gemir e interpelar, según se ve en aquel pasaje del Evangelio" (*Carta* 194,4,16). De todas las maneras, el que clama con gemidos es el Espíritu, aunque es en ayuda de nuestra debilidad; habla en nosotros y hace que nosotros clamemos (cf. *Carta* 194,4,17). Pero también el gemir es don del Espíritu, lo mismo que la inspiración de la palabra a pronunciar en la súplica: "Es palabra del Espíritu de Dios, porque si Él no la hubiera inspirado no la pronunciaríamos nosotros; no es palabra suya, porque Él no es indigente ni sufre... También el gemir es un don del Espíritu" (*Comentarios a los Salmos* 26,s.2,1). Agustín quiere dar a entender que es el Espíritu el que nos hace orar como es debido y, para ello, dice que el Espíritu clama en nosotros, aunque es mejor decir que el Espíritu nos hace clamar, pone en nuestros corazones el deseo y la realización de lo que más necesitamos (cf. *Carta* 130,15,28).

El Espíritu nos hace gemir, es decir, nos hace comprender nuestra propia situación y suplicar a Dios que nos ayude. Es tanto como decir que el Espíritu por el que clamamos ¡Abba, Padre!, es el mismo que nos hace pedir a quien deseamos recibir, nos hace buscar al que deseamos encontrar y Él mismo nos hace llamar al que nos proponemos llegar, porque es la meta de nuestros deseos (cf. *Comentarios a los Salmos* 118,s.14,2). El Espíritu nos enseña a gemir y a suspirar por la patria hacia donde peregrinamos como lugar de reposo y de permanencia. El Espíritu Santo nos enseña a vivir inquietos en esta vida y nos anima en nuestro itinerario (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 6,2).

La misma oración es gracia del Espíritu Santo que otorga gratuitamente y, por tanto, sin que la merezca el hombre en absoluto: "Con lo que se nos da a entender que es don de Dios, a fin de que con corazón sincero y animados por su Espíritu oremos a Dios nuestro Señor. Veán, pues, cómo se engañan los que piensan que pedir, buscar y llamar a la puerta son efectos de nuestra voluntad y no de la gracia de Dios, y que estos primeros movimientos por los que recibimos lo que pedimos, encontramos lo que buscamos y se abre al que llama, preceden a la gracia, y no quieren comprender que pedir, buscar y llamar a la puerta, en una palabra, orar, es dádiva gratuita del Señor" (*El don de la perseverancia* 23,64).

Él hace que la verdad penetre en el ser humano, hace amar esa verdad y da el gusto por la sabiduría. Él ayuda a descubrir el sentido de la vida y facilita que los miembros de Cristo participen de la misma vida divina (cf. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 27,6). Dios quiere que los seguidores de Jesús estén llenos del Espíritu hasta que sean como fuentes que lo rebosan, que lo dan a conocer y transmiten su presencia. La actitud que deben tener los seguidores de Jesús ante el Espíritu es de docilidad; escuchar esa voz que suena dentro de ellos y colaborar con un *sí* inmediato a sus insinuaciones.

La santificación –que es la plenitud de la obra de Dios en nosotros– es obra del Espíritu: "No hay ninguna santificación divina y auténtica sino por la gracia del Espíritu Santo. No en vano se llamó propiamente Espíritu Santo" (*Sermón* 8,17). Agustín está convencido que donde está el Espíritu Santo, ahí está la santidad: "Allí está la santificación, pues ahí está el Espíritu de Dios" (*Sermón* 8,6). Por tanto, ser santos es la tarea del Espíritu en nosotros, sólo Él puede realizarlo y, en consecuencia, ningún hombre puede serlo por esfuerzo personal, aunque con el esfuerzo personal podamos preparar el campo para la obra del Espíritu. Nuestra colaboración con el Espíritu consiste en preparar el terreno interior dado que "Dios sólo ayuda a quien se ayuda a sí mismo" (*Carta* 147,2). Ser santos, por tanto, es ser *espirituales* de veras, en el sentido más pleno de la palabra. Es decir, vivir en el Espíritu y del Espíritu y dejar que Él plasme su sello en nuestro interior: "En esto consiste la perfecta santidad... nosotros somos santificados en el Espíritu Santo" (*Sermón* 33,3).

El Espíritu es el que nos hace nacer a la vida nueva, una vida que tiene su sede en el interior: "Nacemos, pues, espiritualmente, y este nacimiento en el Espíritu es en virtud de las palabras y del sacramento. El Espíritu está presente para que nazcamos. El Espíritu de donde naces está

invisiblemente presente, porque invisiblemente naces tú. Sigue hablando: 'No te extrañes que te haya dicho: Es necesario que nazcas de nuevo; el espíritu sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene y adónde va'. No hay quien vea al Espíritu; ¿cómo, pues, se oye su voz? ¿Se oye un salmo? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye el Evangelio? Es la voz del Espíritu. ¿Se oye la palabra divina? Es también la voz del Espíritu. Se oye su voz y no se sabe de dónde viene ni adónde va. Y si tú naces del Espíritu serás tal que quien no ha nacido aún del Espíritu no sabrá de ti ni de dónde vienes ni adónde vas. Esto es lo que añade el Señor: Así es todo el que ha nacido del Espíritu" (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 12,5). El Espíritu nos renueva cada día y nos enseña a gustar las delicias de Dios (cf. *Sermón* 70,2).

V. LA VIDA ESPIRITUAL ES VIDA EN EL ESPÍRITU

En la vida interior el protagonista principal siempre es el Espíritu. Él suscita y alimenta en nosotros la vida interior haciéndonos morar en Dios: "Luego el Espíritu Santo hace que permanezcamos en Dios y Dios en nosotros, y esta obra es del amor. Por consiguiente, Él es el Dios-Amor. Por fin, al repetir poco después que Dios es caridad, añade a continuación: El que permanece en el amor, en Dios permanece y Dios en él. Poco antes había dicho: Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros porque nos dio de su Espíritu. Por consiguiente, el Dios-Amor es el Espíritu Santo. Cuando este Espíritu, Dios de Dios, se da al hombre, le inflama en amor de Dios y del prójimo, pues Él es amor. No puede el hombre amar a Dios si no es por Dios. Por esta causa dice San Juan: Amemos a Dios, porque Él nos amó primero. Y el apóstol San Pablo: La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado... La caridad que viene de Dios y es Dios, es propiamente el Espíritu Santo, por el que se derrama la caridad de Dios en nuestros corazones, haciendo que habite en nosotros la Trinidad" (*La Trinidad* 15,17,31-18,32).

El Espíritu Santo es el que realiza en nosotros la unidad reuniéndonos de la dispersión, porque Él, en el seno de la Trinidad, representa la comunidad (cf. *Sermón* 71,18). Probablemente la *pneumatología* agustiniana de la comunión sea la contribución más original de Agustín a la teología trinitaria. Este Espíritu Santo, que habita en el interior del hombre y le hace cuerpo de Cristo, anima la oración del creyente mediante la caridad, ya que toda súplica que no nace de la caridad, es vana: "Él es el Espíritu de adopción de los hijos, en el que clamamos Abba, ¡oh Padre!, para que podamos decirle: 'Perdónanos nuestras deudas', y también, en esto conocemos, como dice el apóstol Juan, que Cristo permanece en nosotros por el espíritu que nos dio. El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Porque a Él pertenece la unión por la que nos constituimos en el único cuerpo del único Hijo de Dios... Clamamos nosotros, pero en Él, es decir, porque Él difunde la caridad en nuestros corazones, sin la cual clamaría en vano todo aquel que clama. Y por eso dice: 'Pero quien no tiene el espíritu de Cristo, no le pertenece'. ¿A quién pertenecerá dentro de la Trinidad la comunión de esta

sociedad, sino a aquel espíritu que es común al Padre y al Hijo?" (*Sermón 71,28-29*)

El Espíritu Santo comunica al hombre interior santidad y alegría: "De aquí se deduce también que hablaba del río del Espíritu Santo al decir: 'Las avenidas del río alegran la ciudad de Dios'. ¿Qué sigue? 'Santificó su morada el Altísimo'. Luego, si a continuación se consigna la palabra santificación, es evidente que aquellas avenidas del río han de entenderse del Espíritu Santo, con el que se santifica toda alma piadosa que cree en Cristo para hacerse moradora de la ciudad de Dios" (*Comentarios a los Salmos 45,8*). Donde está el Espíritu de Dios, allí está la santidad, allí está la vida en plenitud, pero el Espíritu sólo se posa sobre el humilde, de tal forma que en él descansa: "Ahí está la santificación, pues ahí está el espíritu de Dios. Ved esa vocación, esto es, esa quietud, al decir: '¿Sobre quién descansa mi espíritu? Sobre el humilde, quieto y temeroso de mis palabras'. Los inquietos se desprenden del Espíritu Santo, son amadores de peleas, sembradores de calumnias, más amigos de la discusión que de la verdad, y por su inquietud rechazan el descanso del sábado espiritual... Él descansa en el hombre humilde y sosegado como en su sábado" (*Sermón 8,6 y 17*).

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Escucho su voz? ¿Dialogo con Él que habita en mí?
- ¿Cuál es mi actitud ante su voz? ¿Soy dócil a sus inspiraciones? ¿Me esfuerzo por seguir esas inspiraciones?
- ¿Vivo del Espíritu y por el Espíritu?

